

AÑO 2
N°73
31.7.09
DIVERSIDAD EN
Página12

Isabel Franc: La etiqueta de “escritora lesbiana” te deja afuera de muchos anaqueles.

UNA HISTORIA VIOLENTA

Ian Brettes, entre la invisibilidad y la transfobia más cruel



Merci Merce

El más grande coreógrafo vivo del mundo ha muerto.

Le gustaba contar la anécdota de un gran bailarín de tap que cuando se cruzaba con un colega, en vez de saludar, preguntaba: “¿Tenés algún paso nuevo?” Le gustaba, porque esa era su pregunta existencial y la que lo convirtió en “el más grande coreógrafo vivo del siglo”, como se lo catalogó en cuanto traspasó el umbral de los 80 años. Pregunta imposible de calmar con un truco, con un desplante gimnástico o con una coreografía. Ni siquiera con un paso nuevo. Formulada contra sí mismo, contra las paredes, contra los cuerpos de bailarines, contra la música, contra todo anquilosamiento o normalidad. Merce Cunningham hizo del movimiento a la danza lo que las diversas identidades sexuales le hacen a toda presuposición: dudar, fallar, azorarse ante el bello o el monstruoso resultado. Se ha dicho muchas veces que en los ensayos sus bailarines no usaban ninguna música, bailaban sin eso.

El trabajo de Cunningham, a simple vista, o mejor dicho, bajo la vista que busca el mensaje, no tenía ningún componente queer. No había duetos del mismo sexo, no había duetos. No había historias de amor ni de desencuentros, no había historias. Se declaró siempre ajeno al contenido autobiográfico o a la intención de mandar un mensaje o cambiar el mundo. No hizo eso. Se murió Cunningham a los 90 años, mientras dormía, luego de haber estrenado su obra “Casi 90”, y a 17 años de que se fuera su otra parte en todo esto, el compositor John Cage.

LA UNION HACE EL ARTE

Cuando se conocieron en 1938 en la Cornish School of Seattle, donde Cage acababa de conseguir un trabajo de pianista para las clases de danza, Cage estaba casado. Luego de un *ménage à trois* que duró poco, se vio obligado por las circunstancias y por sus sentimientos a reconocerse a sí mismo como homosexual, en tiempos en que el expresionismo tan macho, las cazas de brujas tan implacables iban forjando el gran closet.

La potencia de estos dos artistas y la del producto que lograron juntos les dio cierto aire para circular libremente por algunos circuitos de la sociedad. La danza fue friendly siempre. Cage, siempre más cauto, cada vez que le preguntaban sobre esta relación, se limitaba a responder: “Yo cocino y él pone los platos”. En escena era más o menos así. Cage hacía la música y los bailarines de Cunningham no bailaban con ella sino con el espacio. Es célebre ya una imagen en la que se ve a Merce bailando, a John concentrado tocando el piano mientras mira por la ventana. Juntos se atrevieron a considerar artístico todo acontecimiento. Y todo acontecimiento lo fue. ●

---

a la vista

Crisálida tucumana

En marzo de este año, la primera biblioteca especializada en género, diversidad sexual y derechos humanos del Noroeste argentino abrió sus puertas en la ciudad de San Miguel de Tucumán. Desde entonces, Crisálida (tal es su nombre) viene satisfaciendo la curiosidad de decenas de lectores y lectoras interesados en bibliografía de temática lgbtti. Pero no sólo eso: a sus numerosas actividades se le acaba de sumar una de gran importancia, que consiste en la formación de un espacio que tendrá por finalidad evacuar todo tipo de consultas jurídicas de personas lgbtti en situación de desamparo legal, debido a la segregación y/o discriminación por orientación sexual e identidad de género. “Muchas personas que se han acercado a la biblioteca en estos meses no sólo han venido a consultar libros, sino que también han dejado caer, como al pasar, relatos de vida en donde se dejan ver situaciones de vulneración a sus derechos que tienen como escenario el trabajo, la escuela o el ámbito familiar”, cuenta Gustavo Díaz Fernández, ideólogo del proyecto bautizado Crisálida JUS. “A esto se suma que muchas personas desconocen que existe legislación que los/as ampara y protege frente a estas malas prácticas. Para tratar de revertir esta situación, les comenté la idea a las abogadas Laura Casas, Nélida Bendek y María Eugenia Seleme, quienes decidieron sumarse al proyecto. El objetivo es que este espacio sirva para orientar sobre cómo hacer efectivos los derechos de las personas Lgbtti cuando viven situaciones de discriminación y que nos permita también conocer cuáles son las principales vulneraciones que vivimos las personas lgbtti en sociedades fundamentalistas como la tucumana.”

Según dice Díaz Fernández, dentro de “la dinámica de una clínica u observatorio socio jurídico”, buscarán vincularse con organismos que ya están trabajando en el asunto (el Inadi, la Secretaría de Derechos Humanos, fiscalías, etcétera), a fin de ofrecer un asesoramiento que ayude a dirimir cuestiones legales, pero que también informe a la población sobre cuáles son sus verdaderos derechos. “Crisálida JUS es la resultante de observar que en el espacio de las organizaciones Lgbtti (y en el espacio de interacción Lgbtti) no existe muchas veces un asesoramiento especializado en temas socio-jurídicos con perspectiva de orientación sexual o identidad de género. Por eso nuestra idea es atender de modo exclusivo este tipo de reclamos, como si se tratara de una nueva especialidad dentro del Derecho.”

www.crisalida.org.ar
crisalidajus@crisalida.org.ar



¡Ufa! Un mes viviendo en peligro

"El rol de nuestras organizaciones es de coalición y apoyo a la resistencia. Nos han dado y respetado el espacio que tenemos en cada una de las áreas de la resistencia. Hay mucha gente de la diversidad en áreas del feminismo acompañando la lucha del Instituto Nacional de la Mujer y protegiendo intereses políticos sumamente imperativos para nuestra legislación —ahí están las lesbianas—, en áreas de las artes —ahí están artistas de la diversidad. Y l@s trans tratamos de hacer nuestra colaboración, ya sea de manera independiente como agrupándonos en la causa." Así describe Gabrie Mass la participación activa de los colectivos Lgbtti en la resistencia al golpe de Estado que ya cumplió un mes en Honduras. Es que la violencia y la represión contra las personas que integran estos colectivos se ha recrudecido en estos más de treinta días pasados desde el 28 de junio, merced a un gobierno de facto que ha contado con el apoyo del fundamentalismo religioso a través del Opus Dei, la Confraternidad de Iglesias Evangélicas y sectores de la comunidad judía. "La prioridad es defender la constitucionalidad en nuestro país. Estamos permanentemente diseñando estrategias para que la resistencia y la protesta se hagan visibles en el resto del mundo, porque nuestra situación es extremadamente peligrosa, el hostigamiento militar es permanente." Ya la poeta feminista Melissa Cardoza había advertido no sólo sobre el imaginario que intentan construir los sectores golpistas: "Tienen una actitud inquisitorial contra la libertad y diversidad sexual y la autonomía del cuerpo. Para que se vea en qué términos plantean la discusión, el lema del golpe es 'porque los buenos somos más'. Se trata de una cuestión de moral cristiana". Este imaginario moral ha sido una constante en Latinoamérica cada vez que se amenazó o se amenaza el orden constitucional, aun cuando se han necesitado años de recuperación de la verdad para hacer visibles los crímenes de Estado contra la comunidad Lgbtti. La organización, esta vez, lanza comunicaciones urgentes por los medios al alcance. Las cartas que han llegado a *Soy* son un modo de hacer visibles estas víctimas con su nombre y su apellido, apenas la punta del iceberg de cada historia particular, que seguramente no es nueva —desde 2004 hasta ahora se han denunciado al menos 20 homicidios impunes de personas trans—, pero que recrudece merced a la violencia y el autoritarismo que, por la fuerza militar, se ha convertido en ley en Honduras. Y que es necesario seguir denunciando por todos los medios posibles. ●

pd

Desde aquí

cartas a **soy@pagina12.com.ar**

Compañeras y compañeros,
desde Honduras les comunico que ha habido violaciones a nuestros derechos luego del golpe de Estado que tuvo lugar el 28 de junio pasado. Les envío un listado de casos que fueron expuestos en una reunión que se realizó el 21 de julio en la sede del Ciprodeh (Centro de Investigación y Promoción de los Derechos Humanos). A ella asistieron representantes del propio Ciprodeh y de distintas agrupaciones Lgbtti y de derechos humanos (Asociación Kukulcan, Foro Nacional de Sida, Agrupación Arcoiris, Casa Renacer, Jóvenes en Movimiento, Red Lésbica Cattrachas).

Casos de violaciones a los derechos humanos luego del 28 de junio.

Tres asesinatos:

* Vicki Hernández Castillo, trans (Sonny Emelson Hernández), noche del 29 o madrugada del 30, muerta por disparo de bala, en horas de toque de queda, un tiro en el ojo. No le quisieron hacer autopsia, alegando que podría ser VIH. Dice el acta de defunción que su muerte se debió a una contusión cerebral cuando en realidad fue por un balazo.

* Fabio Zamora, 12.30 del mediodía del 4 de julio. Ocho detonaciones dentro de un puesto en el mercado San Isidro. Tres hombres (sicarios) lo llamaron por su nombre y lo mataron de un tiro en la cabeza.

* Valeria, trans, muerta por arma de fuego (un tiro en la cara) durante la madrugada del 30 de junio, alrededor de Metro Mall, en Tegucigalpa, alrededor de las 9 de la noche. No le quisieron hacer autopsia.

Denunciamos también lo siguiente:

* Puente de Choloma en Cortes. Levantaron a una compañera que recibió un balazo en la cabeza el jueves 16 de julio. La llevaron a la clínica periférica del Seguro social en Choloma.

* Walter, uno de los compañeros, relata la detención en el Plantón, en el Congreso Nacional, el lunes 20 de julio. Seis militares lo sacan del antiguo edificio de la ENEE y lo entregan a los policías de la patrulla M-06; le dan una patada en el estómago, le quitan el morral y lo enchachan. Recibe insultos discriminatorios por su orientación sexual. Cuando otro compañero ayuda a Walter, un policía le da un toletazo a Henry David Fúnez, 45 años, y a tres compañeros más. Se los llevan presos también. Los llevan a la posta del parque Herrera, les pierden pasaportes, cédulas, todos los documentos.

* La compañera Donni relata que el segundo día del golpe, en la parte trasera de la Casa Presidencial, reprimieron a compañeros y compañeras Lgttbi. Fueron acorralados y golpeados tres compañeros de Arcoiris. Los compañeros Obeth y Donni están acusados por sedición y traición a la patria. El día tres del golpe andaban patrullas rondando las oficinas de Arcoiris porque había personas del Copinh en las instalaciones. El compañero Javier afirma que estamos siendo intimidados en las sedes por patrullas que pasan a cada rato.

* El compañero David relata que viernes 17 de julio, saliendo de la colonia San Juan, un policía lo detuvo en el carro en que movilizaba con su pareja. El policía revisó el carro, le agarró la billetera y sacó sus papeles. Dijo que los iban a llevar por maricones.

Indyra Mendoza
Red Lésbica Cattrachas

La conspiración de los machos

"Soy Ian Brettes, soy transexual, pero nunca voy a ser un chongo ni lo quiero ser." Afirmar su identidad masculina y a la vez negarse a cumplir con los mandatos más retrógrados de la misma; construir una familia con su novia y seguir en el barrio a cargo del negocio familiar que inició su padre, parecen ser razones suficientes para que los vecinos lo persigan, lo señalen y hasta lo muelan a golpes. Esta historia, donde unos cuantos ejercen la "normalización" por mano propia mientras la policía se regodea en su negligencia, transcurre en Isidro Casanova. Y en muchos otros pequeños lugares de este mundo que, aunque parezca tan gay friendly, sigue siendo tan hostil.

texto **Marta Dillon**
fotos **Sebastián Freire**

El primer golpe estalló en su cabeza un 19 de julio. La fecha está en los papeles que él guarda encarpetados en un local atiborrado de herramientas, rayos, ruedas y repuestos de bicicletas. Pero, por supuesto, también está en su memoria y hasta se imprimió en sus hábitos, cada vez más anclados en ese mínimo espacio donde trabaja y pasa la mayor parte del tiempo. Ese día de invierno había empezado como una mañana cualquiera, levantando las persianas del local que durante 30 años estuvo al mando de su padre, sacando el cartel que anuncia arreglos y guardería de bicicletas, poniendo a sonar el reggae que para él es tanto música como mantra espiritual. Y lo que siguió, tampoco se escapaba de la rutina: un reclamo de visibilidad. Aunque esta vez la reclamaba de la manera más concreta posible. Fue a pedirle a su vecino, César Rodríguez, de profesión matarife, que por favor les pidiera a los camiones de reparto que no se estacionaran durante tanto tiempo en la puerta de la bicicletería. "Es que no me ven", le dijo, amigable, como es su estilo. Ese "no me ven" que vuelve cada vez que tiene que decir "soy transexual" y le contestan como le contestó ese vecino: "Tortillera, marimacho, salí de acá, lesbiana de mierda". Después el golpe, de arrebato, sin que atinara a cubrirse la cara, el dolor y la sorpresa. "Me insultó, me humilló, se subió a su auto y se fue", cuenta Ian, 38 años, artista callejero mientras viajó por Latinoamérica y por España tratando de juntar dinero para cumplir su sueño de modificar su cuerpo para que finalmente lo vean como él es. El, un hombre trans. Claro que eso, justamente, es lo que nadie (en su barrio, al menos) quiere ver. Mucho menos después de que todos en la cuadra supieran que él, la tortillera marimacho, no aceptaba ser disciplinado a la fuerza. "Estaba todo ensangrentado, porque me dio en la nariz, así, sin que yo lo viera venir, además de haberme humillado delante de todos. Por eso me fui a la comisaría a hacer la denuncia. Y esa vez me trataron bastante bien, me hicieron hacer una radiografía, me revisó un médico... pero se ve que como todos lo supieron, el odio fue creciendo."

El odio como un huevo empollado por la conjura de los machos de la cuadra. A ese primer golpe siguieron otros. Poco más de un año después, Ian terminó inmóvil en una silla de ruedas. "Y siempre el mismo argumento: mi sexualidad. 'Vos querés tener una como la que me cuelga a mí', me decían y me mostraban los genitales. Si era tan macho que fuera a pelear, me desafiaban. Pero yo no quiero ser un hombre así. Yo soy Ian Brettes, un chico trans, un hombre pacifista, como Jesús", dice y se ríe. Es que la peor golpiza la sufrió un Viernes Santo.

Ese 19 de julio de 2008

la violencia –"homofóbica, transfóbica, lesbofóbica, como la quieras llamar"– plantó el primer palo de una cerca que a lo largo de un año iría encerrando a Ian y a su pareja en un espacio cada vez más reducido. El local está siempre con llave, ella y él apenas salen para ir a dormir y son muchas las veces que se quedan dentro, en parte por la inmovilidad obligada que impuso un corte en una pierna que seccionó tres tendones. En parte por el miedo. Los amigos que antes iban a tocar "los cueros" –instrumentos de percusión que se apiñan entre el aquelarre de herramientas– empezaron a sentir las amenazas y dejaron de visitarlxs. Andrea, sin embargo, no puede dejar de amar la cotidianidad que había empezado a construir con su novio. De pie frente al vidrio recauchutado de "Cicles Brettes" dice: "Está lindo el barrio".



IAN Y ANDREA
EN SU BICICLETERIA

Yo en mi cabeza sé muy bien quién soy. Me encantaría tener barbita, eso sería piola, y no tener que usar musculosa y mostrar las tetas, pero siempre voy a ser trans. Ahora parece que confundo porque tengo el pelo largo.

Será el sol que la pone optimista. Aun a riesgo de dejarse llevar por el prejuicio, se puede confesar que cuesta ver la belleza en esa esquina de Isidro Casanova que exhibe un triángulo de tierra donde ya no queda pasto, una calesita olvidada y el pegoteo de afiches que anuncian el show de un grupo llamado Ku-lona. Sobre el asfalto cariado que aumenta el ruido de los colectivos ondean los pasacalles: "Compro pelo. Cambio tu estilo y pago hasta 1800". Debe haber al menos 60 personas en la plazoleta, entre las paradas de colectivo y los negocios, un tránsito habitual de gente, telón de fondo inconmovible del hostigamiento constante contra Ian y su novia, aunque sobre todo contra él.

"Yo creo que soy así desde que nací. Siempre quise ser un varón, es como suelen decir, que tenés un cuerpo equivocado. Aunque yo sé que siempre voy a ser trans y está bien. Sí es verdad que me quiero operar. Me gustaría sacarme de acá –dice y se señala el pecho–. A mí me encantaría poder usar una musculosa y no estar mostrando las tetas, tener un pecho lisito, de varón." Si el género puede ser una máquina de violencia, Ian pone un ejemplo concreto enunciando su deseo; ese "atributo" que se supone femenino no parece pertenecerle siquiera a quien lo porta. Es de los otros, de la mirada de los otros.

"Volví de España en 2001, a fin de año, porque me avisaron que mi papá estaba muy mal. Allá había visto a un médico ya, Iván Mañera, para hacerme la mastectomía y empezar el tratamiento hormonal. Pero bueno, también tengo toda la vida para hacerlo y él no podía esperar. Fue muy lindo, estuve cuatro meses acá con él, me enseñó todo de su oficio. Porque mi papá corría carreras de bicicleta y mi tío también. El quería tener un varón y bueno, después de cuatro mujeres vine yo, el trans. Para él siempre fui su hijo. O su hija, pero siempre me respetó. Y mi mamá también, para ella soy Ian. Desde los 20 que soy siempre Ian."

Después de la muerte de su papá, Ian siguió con el negocio, orgulloso de las fotos que muestran el local en sus diferentes épocas, de conservar la bici con que de niño corrió su hermano mayor una competencia, y también de los ídolos y colores rastafari que para Ian son su religión y su filosofía. "Lo que pasa es que en ese momento yo tenía una familia, vivía con mi pareja que tenía una hija que iba a la primaria y no me veían tanto por acá, venía, me iba, era el hijo de Brettes y listo. Desde que me separé y después me junté con Andrea, bueno, me empezaron a ver, a pensar, '¿Es el hijo o la hija?' '¿Quién es el travesti este?' A la gente le molesta mucho una persona distinta en el barrio. Y más que yo soy tranca, toco mis cueros, hago artesanías, estoy en la mía y eso es peor porque creen que soy débil. Tal vez si fuera quilombero no serían tan agresivos." Pero lo fueron, de hecho, desde que se escuchó el primer "marimacho" en la cuadra enunciado como un insulto, la violencia siguió trepando su espiral. Y las denuncias policiales que se



“Vos querés tener una como la que me cuelga a mí’, me decían y me mostraban los genitales. Si era tan macho que fuera a pelear, me desafiaban. Pero yo no quiero ser un hombre así. Yo soy Ian, un chico trans, un hombre pacifista, como Jesús.”

suponía que servirían de protección fueron el arma de doble filo que terminó cortando la historia de Ian en dos, antes y después.

“Acá en la plazoleta paran unos pibes a los que yo siempre les presté herramientas, los traté bien, no había ninguna mala onda. Hasta que después de lo del matarife, un día vinieron a pedirme la amoladora justo cuando estaba con un cliente. Les pedí que esperaran un poquito, que la estaba usando. Y ahí empezaron: ‘¿Qué te pasa, estás indispuesta, torta de mierda?’” Las estrategias del macho no son muy creativas, hay que decirlo, y sin embargo la humillación encuentra su huella en cicatrices mal cerradas.

El hostigamiento fue cotidiano, desde la primavera hasta diciembre. Perseguían a Ian y a Andrea cuando lxs veían por la calle, le mostraban los genitales como nenes crueles que exhibieran un chupetín a quien no se lo puede comprar, como si Ian creyera, como ellos, que ser hombre es tener un falo entre las piernas. “Se llegaban a desnudar por la calle, ‘¿vos querés ésta, no?’, me preguntaban, un asco. Y siempre la homofobia de por medio. No es por hacerme la víctima, yo no me quiero hacer la víctima, es así nada más. Y todavía siguen igual, el domingo mismo volvieron con los mismos insultos y los mismos argumentos.” Pero el 22 de diciembre de 2008, los insultos trocaron en golpes. Puños, palos, patadas; contra Ian, contra Andrea y contra un amigo que estaba en el local a punto de compartir la comida que habían preparado ahí mismo. Era casi de día, cerca de las nueve de la noche. Hernán, Víctor, Marcelo y Malena. Ian duda en decir sus nombres pero de inmediato se convence de que es necesario aunque no sepa sus apellidos. Es una manera de conjurar al miedo, de afirmar esta boca es mía y también puede ser una herramienta. Aun cuando haberlos denunciado, esa misma noche de verano, sirvió para nada. Un llamado al 911, la exhibición de las marcas de los golpes, los vidrios rotos del local, nada de eso conmovió al teniente primero Pablo César Balbuena, de la Distrital II Oeste San Carlos. No quiso tomar la denuncia, no llevó a los amigos a la comisaría, dijo que iba a mandar un patrullero mientras él iba a perseguir a los agresores y nada de eso sucedió. Ian y Andrea fueron al día siguiente, con unos moretones tumefactos perfectamente fotografiados y archivados en sus carpetas marrones, a la Distrital para que les tomen la denuncia. Allí, otro agente, apellidado López, les dijo que tenían que esperar a Balbuena. “La verdad es que si hubiera que pegarle a todos los putos que hay por ahí no daríamos abasto... algo más debe haber pasado”, dijo López haciendo gala del mecanismo habitual de culpar a la víctima. Nadie tomó la denuncia ese 23 de diciembre. En ese mismo momento llamaron al Inadi, donde les pidieron los datos de la comisaría y les dijeron que se presenten a hacer la denuncia al día siguiente porque se iban a encargar de que se las tomen. Esta vez, como regalo de Navidad, fue Balbuena el que atendió: “No les puedo tomar la denuncia porque ya las denunciaron a ustedes por riña callejera. Yo no puedo hacer nada”. Ian y Andrea guardaron la bronca como pudieron, con esa energía volvieron al Inadi el primer día hábil de esa semana de fiestas. “Pero nos pedían los apellidos de los pibes, las direcciones, los teléfonos y pruebas que eran imposibles. Nos sugirieron que fuéramos al Colegio de Abogados de Morón, pero al final nos desalentamos. Ni siquiera sabíamos entonces que podíamos hacer una denuncia directamente en la fiscalía”.

“¿Qué me mirás, lesbiana de mierda?” Ese fue el único aviso de lo que vendría, ¿pero cómo iba a adivinar Ian que la infección del odio iba a explotar cuando los insultos contra él se habían vuelto cotidianos? El panadero de la esquina, Martín David Albarrán, el que tiene un local alquilado que linda con el suyo, había hecho blanco sobre él. “Pero yo, con esa cosa que tengo de querer arreglar todo hablando, como un boludo, me acerqué. Y me entró a pegar, piñas, patadas, me revoleaba de los pelos... los empleados de él lo querían parar y no podían, hasta vino la mujer y sin soltarme le dio una piña tremenda...” ¿Qué tenía que defender a esa “gorda tortillera”?, gatilló con la lengua el panadero mientras zarandeaba el cuerpo de Ian, desarticulado por la sorpresa y la humillación. “Me tiró contra la vidriera de su negocio y mi pie atravesó el vidrio, el tipo me agarró del piso y me arrancó de ahí. Se abrió un tajo gigante, cortó tres tendones, me tuvieron que hacer cirugía para que no perdiera la movilidad del pie. Ahí vinieron tres patrulleros porque el tipo estaba sacado... se ve que alguien más que Andrea llamó.”

Fueron tres patrulleros, los efectivos bajaron de sus autos, Albarrán, el panadero, encontró consuelo en sus uniformes: “Miren lo que me hizo, me destrozó el negocio”. Ian sangraba en el piso, Andrea pedía por ayuda. Nadie se acercó, ni los policías, ni los vecinos, ni las vecinas. Al menos por diez eternos minutos. Ian era otra vez invisible a pesar de la sangre, de



los gritos de su novia, del propio dolor que después del desconcierto empezaba a sentir. “Los canas me miraban y se reían, murmuraban con el panadero...”
El remisero que finalmente lo trasladó al Hospital Paroissien le dijo que él había visto cómo lo arrancó del vidrio roto lastimándole todavía más la pierna. Pero todavía no saben si saldrá de testigo. En realidad, no hay una causa abierta por esta agresión hacia Ian. Lo que hay es una imputación contra él por daños y lesiones que la policía tomó correctamente y que lo obligaron a firmar, notificándose, cuando pudo trasladarse hasta la comisaría para hacer su denuncia. Otra vez estaba ahí Balbuena para atenderlo. Le pidió sus datos completos: nombre, dirección, DNI, teléfono. Cuando terminó le dijo que estaba “imputada” y que él, teniente primero, no podía hacer nada porque el otro había actuado primero.
A fin de mayo, Andrea tuvo que ir a la fiscalía para radicar otra denuncia, Albarrán la había visto entrando a la bicicletería y al grito de “lesbiana conchuda” le juró que la iba a matar mientras pateaba la persiana de “Cicles Brettes”. Después vino la amenaza de que no les iban a renovar un contrato de alquiler, que la relación contractual de más de 30 años que había empezado con el padre de Ian iba a terminar porque si no el panadero no iba a volver a alquilar el local de la esquina. Finalmente se resolvió, pero el hostigamiento nunca se detuvo. Hasta que el 18 de julio llegó la notificación que hacía un mes la comisaría tenía cajoneada para que se presentara a ratificar la denuncia por lesiones que un año antes había presentado Ian contra su otro vecino, César Rodríguez, el matarife. “Corrigieron la fecha adelante mío, no sé por qué no me la habían traído.” Y fue esperando en la puerta de un juzgado cuando conocieron a Johana, una travesti a quien Andrea y Ian le contaron su historia, que pudieron empezar a hacer otro camino que todavía no termina.

A la gente le molesta mucho una persona distinta en el barrio. Y más que yo soy tranca, toco mis cueros, hago artesanías, estoy en la mía y eso es peor porque creen que soy débil. Tal vez si fuera quilombero no serían tan agresivos.

“El problema es que nadie quiere ver o entender lo que sos. Acá está culturizado que haya transexuales de varón a mujer, pero no al revés. Una vez fui al Hospital de Clínicas porque me habían dicho una amiga travesti que ahí le daban hormonas y me sacaron corriendo, me dijeron que lo que yo quería era imposible. Ahora mismo que nos conectamos con otras compañeras que nos están dando una mano, unas dicen que somos lesbianas y otras se ofenden porque apareció eso en una lista de correo. Me piden a mí que me defina, que diga si soy ‘una concha o un transexual’, no sé qué pasó, es como que a pesar de los golpes que sufrimos todos no podemos entendernos.” Lo de siempre, Ian parece invisible, aunque su voz sea firme y su boca no deje de decir cada vez que es transexual porque así se reconoce, un hombre transexual, con el cuerpo que tiene, el mismo que quiere modificar pero del que no reniega. “Yo soy yo. Ian. Y mi nombre es un apócope del que me dio mi mamá con todo su cariño y del que tampoco voy a renegar. Yo en mi cabeza sé muy bien quién soy. Me encantaría tener barbita, eso sería piola, y no tener que usar musculosa y mostrar las tetas, pero siempre voy a ser trans. Ahora parece que confundo porque tengo el pelo largo. Pero porque tengo mis rastas, es por mi ideología rastafari, no voy a renegar tampoco de eso. No soy un típico chongo ni lo voy a ser nunca. Estoy en contra del machismo y siempre respeté a la mujer. No reprimo mi lado femenino, todos lo tenemos. Existe mucha diversidad, pero parece que a todo el mundo lo tranquiliza una etiqueta bien clarita.”
Afuera, del otro lado de la puerta con llave de la bicicletería, un patrullero estaciona y se baja un policía. Va a buscar el pan de cada día en el negocio de Albarrán. Dentro, Ian acomoda otra vez sus carpetas de fotos, papeles y denuncias entre las figuras de Buda y de Shantii, una diosa india; entre un libro de Barthes, *La cámara lúcida*, y otro de Paulo Coelho; entre los discos de Bob Marley y de la argentina Alika. Ahí está todo lo que quiere y también lo que no. Conviven el miedo y la decisión de que no lo expulsen del lugar que él quiere tanto como quería su papá que él quisiera. El 12 de septiembre, le ofrecieron en el Inadi, se organizará un festival “en contra de la violencia, pero de toda violencia, como para que se me vuelva en contra”, dice él que sabe que en ese barrio va a quedarse. Y que de alguna manera va a tener que seguir viviendo. O de una manera, como Ian, ese varón trans que usa rastas hasta la cintura, escucha reagge como si fueran mantras y tiene pulsión por solucionar los conflictos hablando. Aun cuando eso mismo le cueste sangre. ●



Isabel Franc

El final feliz

Luego de ganar el premio La Sonrisa Vertical por su primera novela, *Entre todas las mujeres*, experimentó un envidiable cambio de personalidad, y ya convertida en la desfachatada Lola Van Guardia dio a conocer su trilogía *Con pedigree* (1997), *Plumas de doble filo* (1999) y *La mansión de las Tríbadas* (2002), las tres editadas por Egales. Esta escritora catalana, que siempre cuenta con lesbianas felices en sus ficciones, acaba de publicar *Las razones de Jo*, una versión insólita e irreverente de *Mujercitas.*

texto **Flavia Company** desde **Barcelona**

Tu carrera comenzó con un premio de literatura erótica, y está claro que en tu escritura la sexualidad es importante. ¿Podés comentarnos este aspecto de tu literatura?

—Coincidencias ineludibles. Cuando escribí *Entre todas las mujeres*, tenía más intención de abordar la irreverencia que la erótica. Mientras la estaba escribiendo, pensé que podía encajar en La Sonrisa Vertical. Era mi primera novela, no sabía nada del mundo editorial, pero conocía el premio, así que la envié. Posteriormente, la editorial Egales, que acababa de crearse, me pidió una colaboración. Así nacieron *Con pedigree* y *Lola Van Guardia.* Por exigencias del guión y a petición de las editoras, había que incluir escenas de sexo que no estaban previstas. Pero me resultó muy divertido hacerlo.

Escribís bajo dos identidades. ¿Qué tienen que ver Isabel Franc y Lola Van Guardia?

—Esta pregunta siempre me hace reflexionar sobre mi forma de afrontar el texto como Franc o como Van Guardia. Son dos registros diferentes, dos voces distintas. LVG es la comicidad en estado puro, el gag en su primer estadio, sin pulir apenas. Es una voz casi infantil, muy cercana al clown. Franc tiene, podríamos decir, pretensiones literarias, una voz más adulta, un registro más formal y, claro, no tiene tanto éxito.

Ambas escriben acerca de la identidad sexual lesbiana. ¿Hay militancia en esa escritura o es que surge de manera inevitable?

—En un principio surge de manera espontánea, pero con el tiempo hay una conciencia de la necesidad de ese tipo de literatura y de crear referentes positivos y variados. El amor entre mujeres está marcado por la invisibilidad y la tragedia, y así lo ha reflejado la literatura. Hasta muy avanzado el siglo XVIII, apenas hay producción y la que surge a partir de ese momento refleja historias lacrimógenas en las que las protagonistas mueren tras largas y terribles enfermedades cuando no acaban en la cárcel, en un manicomio o se suicidan, directamente. El final feliz no se permite, como si la relación entre dos mujeres estuviera condenada al fracaso, como dice Noni Benegas, "por su naturaleza misma". Siempre hago este paralelismo con tres de los títulos más emblemáticos: salimos de un *Pozo de soledad*, hemos atravesado *Oscuros bosques nocturnos* y hemos acabado con el drama *Escrito en el cuerpo.*

Entonces hay militancia.

—No concibo la escritura sin un compromiso social. Se escribe con una ideología, es inevitable, se va por el mundo con una ideología que se refleja en todo lo que haces. Yo hablo de mi mundo, de lo que conozco; hago parodia de mi propia condición, de mi identidad, de mi país y de sus tics. No sé si eso es militancia, me gusta más definirlo como compromiso social. Ante una situación injusta, la ética obliga (al menos a mí) a denunciarla y llevar a cabo acciones que puedan cambiarla.

Comentabas hace poco que alguien te dijo: "Deberías escribir otras cosas". Se refería a que deberías escribir historias de heterosexuales. ¿Qué creés que cambiaría si lo hicieras?

—Sí, la frase textual fue: "Tú, que escribes tan bien, deberías hacer otra cosa". Me costó entender qué era esa "otra cosa" y, como se ve, no le hice mucho caso. No sé qué habría cambiado, pero seguro que mis libros tendrían otro lugar en las librerías. Algunas, sólo por llevar el sello Egales (Editorial Gay Lesbiana), no quieren tenerlos o, si los tienen, ocupan las secciones más insólitas: erótica (aunque sean policíacas), romántica (aunque sean humorísticas). A veces los busco en la sección de porno-terrorismo o ciencia ficción porque me parece más fácil encontrarlos allí que en el lugar que les correspondería si la historia contada fuera heterosexual. La primera novela de la trilogía de LVG, *Con pedigree*, en su primera edición llevaba un subtítulo: "Culebrón lésbico por entregas"; a partir de la segunda lo quitaron porque había librerías que la rechazaban: al parecer una palabra del subtítulo les molestaba, y mucho, pero no hemos llegado a descubrir si era "culebrón" o era "entregas". Tomémoslo con humor.

¿De qué modo pensás que influye en la carrera de una escritora el hecho de ser lesbiana?

—El hecho de serlo, supongo que nada, mientras esté calladita y no haga lo que, sociablemente, se considera ostentación. La heterosexualidad hace ostentación de la heterosexualidad a diario, pero como es "lo aceptado" ni se percibe. El lesbianismo, en cambio, sólo por ser nombrado ya hace militancia. Cuando la etiqueta "literatura lesbiana" aparece en la obra de una autora, lo que sucede es que su obra no admite ninguna otra etiqueta, ya no es literatura humorística o novela negra o literatura social, sólo es literatura lesbiana y se supone dirigida a un públi-



La heterosexualidad hace ostentación de la heterosexualidad a diario, pero como es “lo aceptado” ni se percibe. El lesbianismo sólo por ser nombrado ya hace militancia. Cuando la etiqueta “literatura lesbiana” aparece en la obra de una autora, su obra ya no admite ninguna otra etiqueta, ya no será ni humorística ni novela negra.

co concreto. Eso cierra muchas puertas. Es una lástima.

En tu literatura el humor tiene un lugar importante. ¿También en tu vida? ¿Ha sido alguna vez un arma en contra de la estulticia?

—¡Estulticia, qué palabra tan bonita! Sí, ha sido y es un mecanismo de supervivencia. Hace poco, la payasa Virginia Imaz me contó cómo aparece la figura del clown en los circos. Eran los artistas que tras haber sufrido un accidente no podían seguir actuando en pista y se les relegaba a las tareas más bajas: limpiar las cuadras, dar de comer a los animales... Entre ellos (y ellas, si es que había) se parodiaban, se reían de su propia situación, de su exclusión, hasta que sus números se incorporaron al espectáculo. Así sobrevivieron y cobraron entidad propia. El humor no tiene como única función hacer reír, es una forma de invitar a la reflexión. Lo bueno que tiene es que si no consigues llegar a esa reflexión, al menos te has reído un rato.

¿Pensás que es diferente la literatura escrita por heterosexuales de la escrita por homosexuales?

—No necesariamente, no creo que tenga nada que ver.

Mucha gente acusa a los gays de encerrarse en guetos. ¿Qué opinas al respecto?

—Cada colectivo tiene sus espacios culturales propios, eso está muy lejos de lo que significa “el gueto”, que en sí mismo incluye la marginación obligada. Que existan librerías, locales o lugares de ocio representa una forma de encontrar lo que se busca y compartirlo con tus iguales, como en cualquier otra condición, ideología, tendencia, preferencia... En la homosexualidad, además, está el factor visibilidad. Actividades públicas como la manifestación del 28 de junio o los Eurogames son también una forma de mostrarse y denunciar la homofobia que hay en el deporte, en el trabajo, en la calle. En el Estado español estamos viviendo una situación de “privilegio” en el terreno legal; aún falta mucho por hacer, es cierto, pero en países como Irán, por ejemplo, la homosexualidad se castiga con la pena de muerte. Me parece motivo suficiente para hacer todo tipo de manifestaciones públicas. Sin embargo, aunque la situación estuviera “normalizada”, es decir integrada en el engranaje social, esos espacios culturales propios existirían igualmente, sólo que entonces no se verían como un gueto.

¿Qué opinión te merecen los personajes públicos que no salen del armario?

—¿Entendiendo salir del armario como una declaración pública? No creo que sea necesario; además es muy cansador estar saliendo del armario continuamente. Lo importante, lo relevante es vivir con honestidad, sin ocultamientos ni mentiras. Creo que las personas que se esconden y engañan sufren de hipobardía; una afección muy dolorosa para quien la padece. Consiste en un estado permanente de cobardía que se manifiesta en actitudes hipócritas y te impide actuar libremente. Un drama. No sigo porque me pondría a llorar. Me dan mucha pena. Pero, si se lo proponen, hasta pueden curarse.

¿Cuáles son tus referentes literarios? ¿Qué obras de la literatura lésbica actual destacarías?

—Como te he dicho antes, los referentes son más bien dolorosos, pero no hay que menospreciar a las autoras que tocaron el tema “como pudieron”, según el momento histórico. Toda la época del París años ’20, con las mujeres de la Rive Gauche, me parece muy interesante; fueron rompedoras, precursoras, muy valientes. Entre las actuales, chapeau para Jeannette Winterson o Sara Waters. Y en nuestro país tenemos una muy buena representación en las autoras que aparecen en la recién editada antología *Un deseo propio* (I. Pertusa y N. Vosburg. Bruguera, 2009).

¿Proyectos?

—Estoy trabajando en una novela gráfica que trata sobre el cáncer de mama. Yo lo sufrí (nunca mejor dicho) hace un par de años y me parecía importante dar una visión desdramatizadora. Es la historia de una mujer que ha pasado por ese trago, con todo lo bueno y lo malo que lo acompaña. El lema de la protagonista es: “La vida después del cáncer ya nunca es igual... pero viene a ser lo mismo”. La ilustradora, Susana Martín, es una auténtica crack, de una sensibilidad y un detallismo capaces de provocar la emoción justa. Cuando veo sus dibujos no puedo evitar una sonrisa o un escalofrío, y me parece maravilloso poder conseguir eso con una sola imagen, sin palabras. Justo en estos días hemos llegado a un acuerdo con la editorial Norma Comics para su publicación en 2010. Si todo va bien (que irá) para el próximo St. Jordi tendremos libro nuevo, y espero que lo disfrutemos juntas. ●



Monólogo interior

texto
Pablo Pérez
foto
Sebastián Freire

Estoy en la escalera para entrar a Contramano, pienso qué voy a tomar, el precio de la entrada es el de la consumición que pida, si pido una cerveza son cinco pesos, un fernet con coca, ocho pesos; un gin tonic, diez.

—¿Qué vas a tomar?

—Un gin tonic.

—Diez pesos.

Guardo los anteojos en un bolsillo de la campera, saco de otro el aerosol para los bronquios, me doy un puf y lo guardo. Dejo la campera en el guardarropas y camino entre la aglomeración de gente hasta la barra.

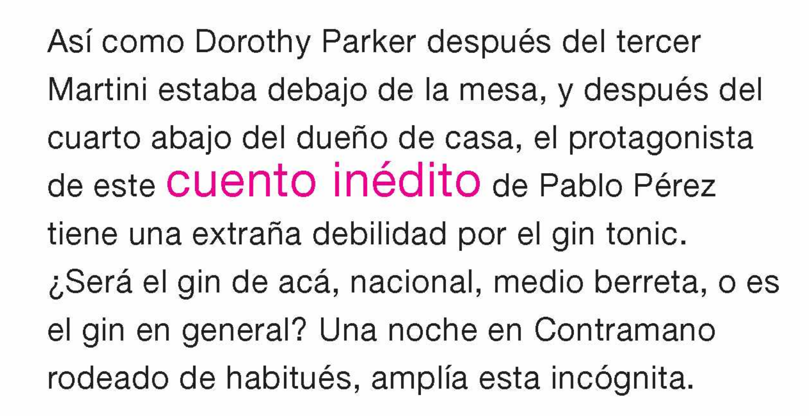
El gin tonic es mi último trago preferido. Nunca una bebida me había hecho perder el conocimiento, excepto una vez en París, cuando tuve mi único coma alcohólico. "¡Aay, Pablo! ¡Qué mal que andaba 'ayee! ¡Andaba' en cuatro patas!", me dijo aquella vez Conchita cuando la Polaca me llevaba de la mano al lavadero automático donde yo trabajaba, de camino parábamos en cada bar a tomar una cerveza. En París, al menos en ese barrio, había como mínimo dos bares por cuadra. Yo estaba convencido de que era la tarde del día anterior, pero más tarde descubrí que era la mañana del día siguiente. Me había despertado desnudo después de un almuerzo en el departamento de la Polaca y Emilio, los dueños de la lavandería, una pareja gay: Emilio, filósofo, y la Polaca, hombre de negocios, que había vuelto de Polonia con varias botellas de vodka del Bisonte, la que viene con una brizna de hierba sumergida, una era para mí. "¡Toma vodka, Pablo! ¡Toma vodka!" Y Emilio me decía: "¡Toma vino, Pablo!". Ahora que lo pienso no fue ése mi primer coma alcohólico. Aquellas pérdidas del conocimiento en que no sabía, por ejemplo, cómo había regresado a mi casa la madrugada anterior, o cómo había llegado a tal o cual cama, fueron también comas alcohólicos. Y también las noches cuando con mi amigo Nico, después de dos o tres Trapax cada uno, íbamos a bailar a Bunker, donde nos encontrábamos con otros amigos, tomábamos gin tonic, cointreaux con vodka, cerveza... ¡Ahhh! ¡Gin tonic! Ahora me cierra todo. ¡Y mezclado con psicofármacos!

Entonces, ahora acabo no de descubrir sino de redescubrir el gin tonic. Ahora sin psicofármacos, en realidad hace mucho que sólo consumo drogas naturales, marihuana o cocaína, pero hoy ni siquiera fumé. Es una de las pocas veces que llego careta a una disco. El primer gin tonic me emborracha un poco, el segundo es el que mejor me pega, a partir del tercero casi siempre pierdo la conciencia y puedo llegar a hacer cualquier cosa. ¿Será el gin de acá, nacional, medio berreta, o es el gin en general, bueno o malo, el que me provoca este efecto? Se lo pregunté una vez a Raúl, que a veces va a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, y me contestó que uno de los temas que hay que evitar entre alcohólicos es el de los tipos y marcas; entonces yo, para joderlo —en realidad se trata de un ejercicio de voluntad para él—, lo someto a mis descripciones y elogios del alcohol. A mi entender, el alcohol es muy importante en la vida, y que los alcohólicos no puedan tomar una copa de vino de vez en cuando me apena por ellos. Con Raúl intentamos un sistema según el cual yo le controlaba las copas que tomaba por noche; durante un buen tiempo funcionó, pero al poco tiempo siguió tomando alcohol solo después de que yo me iba de su casa y ahora está totalmente desbarrancado.

El barman me alcanza el gin tonic, siempre le pido mi trago al mismo, que me encanta, una picardía en la mirada que asoma sobre su nariz de boxeador, muy despierto, es más, creo que cualquier empleado trabajando de noche en una discoteca gay sabe un montón más de cosas sobre nosotros que nadie. Voy a bailar un rato. Todavía hay poca gente, es temprano, apenas la una de la mañana. Tomo un sorbo. Está fuerte, tiene poca agua tónica, es difícil de tomar, pero relajo la garganta y tomo un trago largo y fresco como una catarata.

Extraño a Alejandro, que ya no trabaja acá; ahora tengo puestos un jean y un buzo que me regaló cuando estábamos de novios. Físicamente me gustaba mucho y además se vestía casi siempre de cuero. Muy musculoso, con algo de panza.

Siempre encuentro una razón para terminar con alguien cuando no me gusta, pero también cuando me gusta. Soy un estúpido, Alejandro me gustaba. Sobre todo sentía una gran admiración por él, que estaba recuperándose de una grave lesión cerebro-vascular. La noche en que hablamos por primera vez me contó, con mucha difi-



Así como Dorothy Parker después del tercer Martini estaba debajo de la mesa, y después del cuarto abajo del dueño de casa, el protagonista de este **cuento inédito** de Pablo Pérez tiene una extraña debilidad por el gin tonic. ¿Será el gin de acá, nacional, medio berreta, o es el gin en general? Una noche en Contramano rodeado de habitués, amplía esta incógnita.

a Contramano

cultad para articular las palabras, que unos años atrás vivía en Londres, era contador y se entrenaba en fisicoculturismo. Le creí porque efectivamente tenía cuerpo de ex fisicoculturista. La lesión en el cerebro fue un accidente por exceso de anabólicos. Alejandro era un príncipe convertido en sapo, pensaba cada vez que lo veía pasando el secador por el piso en el baño del local, que a cada rato se inundaba. Esa noche lo esperé hasta que la disco cerrara y me llevó a su casa. En el dormitorio, sobre la cama, había una montaña de ositos de peluche. En esa época yo pensaba que solamente una loca —o una adolescente— podía tener semejante colección de peluches. Fue ahí cuando me di cuenta de que nuestra relación no iba a funcionar, duró poco más de un mes. Sin embargo, hasta la última vez que me lo encontré en la disco trabajando en el baño, nos seguimos besando y manoseando amistosamente. Ahora lo extraño...

"¡Un gin tonic, Dr. Pinchon!", le digo mi barman amigo. El chiste le causa gracia y me lo festeja con una sonrisa. ¡Ahhh! ¡Qué divino es! No me gusta dejar propina en el vaso de la barra lleno de billetes de dos pesos, porque me sentiría como un viejo decadente que lo estuviera presionando para que me prepare el trago más fuerte o para que sea más amable de lo que ya es conmigo, pero esta vez no puedo evitarlo: cuando no me ve, le dejo un billete por todos los que no le dejé en casi diez años desde que vengo acá, desde el '95. ¡Más de diez años! En realidad, si fuera así, con la cantidad de veces que vine, tendría que haberle dejado uno o más billetes de cien pesos. Y si me viera dejárselos, pensaría que me lo quiero coger...

Voy otra vez a la pista. Una loca baila como loca, deja el vaso vacío en el piso al costado del espejo en el que se refleja, se mira, gira con los brazos abiertos. ¿Se sentirá linda? Huesuda, con los ojos saltones delineados, vestida como un bailarín de Rafaella Carrà, pero con el culo chato y caído. ¿No se da cuenta de que se ve ridícula? Lo más probable es que no le importe verse así, es una loca valiente. ¿Me tocará alguna vez dar un show tan lamentable? Ahora que lo pienso, papelones hice varios. La típica habitué... Acá tenemos habitués de todo tipo, en la escala que va de la loca más loca, gerontes y gerontófilos, barbudos y bigotudos, y sobre todo osos, muchos osos, de los fofos y de los musculosos, los osos son los que más levantan, claro, el lugar está lleno de cazadores. ¿Machos de verdad? Solamente los dos de seguridad y el bombero obligatorio después de la tragedia de Cromañón, un uniformado, lindo o feo, siempre calienta. Otro habitué. Está siempre solo y usa anteojitos, tiene un aire intelectual. Muchas veces nuestras miradas se cruzaron, pero ninguno de los dos se acercaba al otro a conversar hasta que después de varios años de histeriquearnos se animó él. Fuimos a su casa y ahí pude ver la realidad de su vida. Cuando uno mira con deseo durante tantos años a una persona de la que no sabe nada, el encuentro con la realidad puede ser... ¿Puede ser qué? Muy difícil de explicarlo ahora. Igual estoy al pedo, solo con mi copa, pensando pelotudeces. ¿Por qué me cuesta tanto animarme a conversar con los tipos que me gustan? ¿Seré demasiado respetuoso o tendré miedo a ser rechazado? No sé... Ultimamente me animo un poco más, hablo con algunos, la mayoría de las veces son conversaciones tontas. Pero casi siempre estoy solo. Bueno, no es tan así. Me siento solo desde que se fue de casa mi ex... En realidad, lo nuestro nunca llegó a ser una pareja. ¿O sí? De todas maneras ya pasó. Hace menos de un mes intenté reanudar la relación, lo llamé y quedamos en que él me llamaría para que nos viéramos. Nunca llamó. Con él tuve mi primer intento de convivencia, lo conseguimos por unos diez meses y eso es algo que valoro mucho. Ahora la idea de enamorarme se me hace imposible.

Terminé el segundo gin tonic y sigo hablando conmigo mismo. La única frase a otro la digo cuando pido el ticket para un gin tonic en la caja y cuando se lo pido al barman, que se sonríe mientras me lo prepara, me lo da en un vaso largo y luminoso. El tercero. Y ahora digo, esta vez para mis adentros, ¡Doctor Pinchon! ¡Doctor Pinchon! ¡Salud! ¡Salud, dinero y amor! Le dedico mi brindis a mi amigo Raúl Escari, que a los gritos pide en el bar de Dr. Pinchon un vaso rebosante de scotch.

¿Dónde estoy? En una cama. El sol entra por la ventana. A un costado veo una montaña de ositos de peluche tirados en el piso, y en la puerta aparece Alejandro, el sapo-príncipe, que con una sonrisa me trae el desayuno a la cama. ●



texto
Raúl Trujillo
foto
Sebastián Freire

Alejandra Deraux

Artista de variedades, actriz, bailarina y cantante.
WWW.ALEJANDRADERAUX.BLOGSPOT.COM



La solapa de satinado charol en alto cual gorguera negra donde se dibujan los ángulos del rostro y el esbelto cuello desnudo que se clava en **profundo** escote V. En adorno sólo resalta el brillante tintineo de los zarcillos de piedras negras.

La silueta se estrangula en la cintura por un lazo que se asegura **inviolable** en angulosa hebilla de punzante metal.

Sobre agujas, plataformas y ataduras, los tacos empoderan a esta dominatrix, una viuda **negra** de salones y catacumbas que recuerda a Morticia —Carolyn Jones 1964, Anjelica Huston 1991— gótica y anémica, que corta las rosas para disfrutar de tallos espinosos y punzantes, símbolos de la pasión del dolor.

Entrecerrados, los ojos brillan febriles, rodeados de palidez mortecina. Los párpados levantados en gesto incrédulo y seductor están maquillados en casi plata y tonos violáceos, que profundizan la **mirada**.
Los labios gruesos de capullo en flor rojo carmín apenas lanzan un puchero con algo de desprecio de diva noctámbula que no logró atar su mata que cae rubia platinada en mechones desordenados en glamoroso desdén.

Velos y cueros en la bata de traslúcida gasa que recuerda los deshabillés de **entrecasa**. Y al vuelo, las amplias mangas y los picos que forma al caer la falda, se elevarán en éxtasis y nuestra fantasmagórica diva parecerá una seductora presencia de otra erótica y tanática realidad más allá de lo mortal.

Lo que más me gusta de mi cuerpo...
mi estatura.

Si algo trato de esconder es...
mi torpeza (soy muy torpe con las piernas), y la escondo bailando (porque soy muy ágil).

Casi siempre me pongo...
ropa interior negra.

Nunca usaría, aunque me lo regalaran...
agua de colonia.



agendasoy@gmail.com

Ronda nocturna

Superfecha. Un trío colorido en Casa Brandon: Mugre, Esteban García y YiLet, con el bonus track de Castor. ¿Qué más querés?
Viernes a las 22 en Casa Brandon, L.M. Drago 236

Fiesta en el subsuelo. Bahrein se llena de música de la mano de Sergio Athos y Juan Pablo Sgaglia.
Viernes a las 24 en Bahrein, Lavalle 345

Falsos. Los Reyes del Falsete y 107 Faunos, dos bandas muy visibles del under, tocan juntos en el bonito pub afrancesado.
Viernes a las 23.30 en La Cigale, 25 de Mayo 722

Sentadxs

Todo sobre ellas. *Pley, tres mujeres en juego* es una obra escrita y dirigida por el talentoso Leonardo Azamor sobre el universo femenino, en distintas situaciones y estados mentales.
Viernes a las 20.30 en el teatro La Tertulia, Gallo 826

Desatadas. Cuatro historias de mujeres escritas por Julio Chávez —*María chiquita*, *Lo otro*, *Madam Pipi* y *Dolores D*— plantean diversas situaciones dramáticas y también simpáticas.
Viernes a las 22 en el Teatro del Viejo Palermo, Cabrera 5567

Musicool. Una comedia musical juvenil y pizpireta, con la participación de Vanesa Butera —la heroína de la *Hairspray* local— y la dirección y coautoría del gran Ricky Pashkus.
Viernes a la 0.30 en el Velma Café, Gorriti 5520

Tango de mujer. Lidia Borda presenta su último CD, *Ramito de Cedrón.* Temas de su repertorio de tango y música popular y las novedades, junto a grandes músicos en escena.
Viernes y sábado a las 22 en el C.C. Tasso, Defensa 1575

Civilización. El desarrollo de una civilización venidera es una relectura contemporánea de *Casa de muñecas*, clásico de Henrik Ibsen, a cargo de Daniel Veronese.
Viernes y sábado a las 23.15. Domingo a las 17 en El Camarín de las Musas, Mario Bravo 960.

Hip hop colombiano. Se presenta *Chocquibtown*, con ritmos eléctricos de la costa pacífica y acentos locales. Los acompañan Fuerte Apache y Litoral.
Sábado a las 21 en Niceto, Niceto Vega y Humboldt

Extra

Prensa tortillera. Ya está en la calle el número 7 de *Baruyera*, con conferencia de Judith Butler y una entrevista a Alejandra Sardá de Mabel Belucci, entre muchas otras cosas. Se consigue en Librería de la Mancha (Corrientes 1888), Librería de Mujeres (Pasaje Rivarola 175), Librería de Las Madres (Hipólito Yrigoyen 1584), entre otras.

Feria Freak. Lo que se anuncia como una Feria americana bizarra y freak ofrece indumentaria, calzado a medida, música y muestra de arte. Para casi todos los gustos.
Viernes a las 15 en Kadabra, Alsina 2733

Tributo. En el Tributo a la Madonna de las Artes, Diana Aisenberg, con más de 100 artistas colaboradores, reeditan la experiencia de la Compañía del Centro Cultural San Martín en el '85.
En la Galería Abate, Pasaje Bollini 2170. Horario, a combinar: 4804-8247



Lux va a mesa redonda sobre Miradas Queer

Escrito en el cuerpo

Con el fin de sentar cabeza y de bajar unos grados su sensación térmica siempre a fuego, Lux deja la noche por un rato y se interna en una mesa redonda sobre miradas queer. No resultó. Qué culpa tiene nuestra cronista de que los cuerpos ardientes estén en todas partes.

Paños fríos: eso necesitaba urgente tras tanto tour por el veranito europeo y del zarandeo reincidente en festicholas porteñas. Que no se consuma este cuerpito gentil y febril con tanta alta temperatura, no por la gripe A sino por la joda loca y el metejón que siempre se cruza en mi caminito que el tiempo ha bordado. Y hablando del tiempo, estaba en el momento ideal para enfriar mi deseo: en Buenos Aires, la ola polar amenazaba con granizo, escarcha, aguanieve y frizaba cualquier cosa que no estuviese arropada con un tapado de piel de oso. Y si el clima no era suficiente para poner paños fríos a mi estado calenturiento, estaba dispuestx a asistir a una mesa redonda sobre Miradas Queer en el Centro Cultural de España en Buenos Aires (Cceba), que en estos tiempos de poca aglomeración me la imaginaba despoblada. Me equivoqué feo, porque antes de empezar ya casi no había lugar para sentarse, y la gente parada daba vueltas por la galería para ver los videos queer de la exhibición. Pispeando me di cuenta de que había imágenes de chongos leathers, de alcohólicas orgías multisexuales, de mujeres locamente enamoradas, de cross-dressing, de desnudos de todo género conocido y por conocer, de todo para excitar el alma voyeurista y que el cuerpo entre en combustión. Pero elegí esquivar el bulto flamígero y ver el video documental activista de intervenciones del grupo Mujeres Públicas, que se encargan sistemática y creativamente de criticar tanta forma de belleza misógina, tanta invisibilidad lésbica, tanto estado criminal y femicida propiciado por el Estado antiabortista. Así que, auricular en oreja, miraba esas performances públicas de las mujeres ídem, con sus consignas de lucidez aplastante que rompen lugares comunes de la cultura patriarco-heterosexista. Con mi cabeza ya envuelta en una bandera activista, me saco el auricular para darme cuenta de que la mesa estaba empezada y de que me había perdido al primer expositor, Diego Trerotola, y me sumé en el instante en que Marlene Wayar sacaba una colección de *El Teje*, la revista trans que edita, para mostrar su tapa contra la TV basura y travestofóbica y hablar del lugar que las travestis (y la cultura trans en general) ocupa en los imaginarios del presente. Y en eso Rodrigo Alonso, coordinador de la mesa, presenta a Ayelen Brunet como activista marimacho, que iba a exhibir un video aún inconcluso en el que trabajaba como parte del grupo Reciclables para articular ideas trans-lesbo-feministas. El video era sobre el tatuaje de la palabra "Marimacho" en su propio vientre y una vez finalizadas las imágenes Ayelen peló: se sacó la remera y exhibió su torso desnudo y trans, con piercings y tatoos varios, incluyendo el que nos convocaba. Y yo que evité ir a una disco para no caer en la tentación de la carne, ahora estaba en una conferencia queer mirando un torso perfecta y desafiantemente adornado. Y así quedé hipnotizadx no sólo por ese cuerpo performático, sino también por las palabras de Ayelen, de claridad impecable, que enjuiciaba los límites de los medios para la representación de lo diverso, poniendo el cuerpo como un testimonio imposible de contener en *The L Word*, porque no pertenece a ninguna experiencia que se pudiese serializar. Torso único marimacho, especie mutante en escritura permanente, venido desde Neuquén (de allí procede Ayelen, y perdón por el versito). Y justo ahí me volvieron todas las imágenes de los videos circundantes que traté de olvidar, todos esos desnudos que me hicieron volver a mi hervor habitual. De pronto, en uno de los días más fríos del año estoy más caliente que pava de lata. Y yo ya les sonreía a todxs lxs presentes para ver quiénes se querían tomar este mate. ●

BLOG DE AYELEN BRUNET:
HTTP://ARTEENCUERO-ALYEN.BLOGSPOT.COM

GLTTBI

Tango en el ring

texto **Mariana Docampo**

Hace unos años di una clase de tango a dos norteamericanas llamadas Karen y Chelsy. Eran pareja. Una venía de pollera y la otra de pantalón. Fueron claras de entrada: la de pollera quería ser siempre guiada por la de pantalón, y viceversa. Yo contesté "como quieran" y empezamos la clase. Ahí nomás comenzaron a pelearse. Que si la de pollera ponía el pie así o que si lo ponía asá. Me dije: "La de pantalón está tomando todas las atribuciones del rol de conductor, voy a ir en rescate de la de pollera". Y entonces intervine: "¿Por qué no cambian un ratito los roles?". Ellas, que estaban en plena batalla, me miraron furiosas y, aunque de mala gana, accedieron. Fue un desastre. La de pantalón burlaba a la de pollera y la de pollera hacía que temblaba. Yo empecé a sufrir, la clase recién empezaba. No había forma de componer la escena. Nunca me había pasado algo igual. Por lo general toman clases parejas en pleno romance o antiguas parejas que aprendieron con el tiempo a cooperar unx con otrx, y hacia el final de la hora, y dependiendo de las aptitudes de cada cual, suelen terminar bailando algunos pasos juntxs y en armonía. No alcanzaba a explicarme qué estaba sucediendo. De pronto la de pollera, como si estuviera viviendo una realidad paralela, me dijo que les estaba encantando la clase. "This is amazing!", exclamó. Pero si la de pantalón daba un paso a la derecha, ella le pisaba el pie y se iba para el otro lado, y en cuanto ella aflojaba un brazo, la otra le apretaba el dedo y se lo tironeaba para arriba. Era francamente desconcertante. Me puse a idear consignas que sirvieran para sintonizar los cuerpos. Pero nada, la cosa iba de mal en peor, estaban completamente desarticuladas y me habían elegido como testigo. Sugerí detener la clase, pero ellas insistieron en seguir. Pronto había advertido que la de pollera era la que tomaba las decisiones en la pareja e instantáneamente me había apiadado de la de pantalón. Pero en realidad no entendía nada. ¡No habían conseguido dar un solo paso juntas! Por un momento creí que se odiaban. Primero me sentí frustrada como profesora, pero después me enojé. "Son ellas las que deberían poner un poco de voluntad", pensé. Por fin terminó la clase. Me apresuré a salir de la sala. Estaba segura de que las chicas se acababan de conocer y que la cosa no iba a funcionar. "No es mi problema", decidí y me abalancé hacia el pasillo. De pronto, Chelsy me frenó, me abrazó y me dijo que estaba muy emocionada (yo abrí grandes los ojos), Karen miraba para abajo y sonreía dulcemente. Chelsy me contó, para mi estupor, que estaban juntas hacía quince años y casadas hacía cinco, y que este viaje era como una "segunda luna de miel"; siempre habían querido aprender a bailar tango, así que acababan de cumplir un sueño. Como prueba de lo que decían, me mostraron sus anillos. ●



El mejor enganche

A pocos días de emprender su primera gira europea, los DJ Pareja cuentan su historia. Cómo se conocieron. Cómo pasaron de la pista de baile a la cabina. Qué piensan sobre el matrimonio gay. Cómo es su último disco, *Marcha,* y por qué no podemos dejar de escucharlo.

texto **Gustavo Lamas**

El club Age of Communication, conocido simplemente como "La Age", fue una especie de catedral de la diversidad, lugar obligado de encuentro para las tribus del underground porteño en los primeros años '90, que reunía rockeros, diseñadores, modelos, periodistas, darkies, clubbers, gays y un largo etcétera. Todos mezclados en sus diferentes espacios: Salón Puteaux, biblioteca, bar con piano, terraza con fogón y, por supuesto, la pista de baile animada por la DJ Union (Dr. Trincado/Carla Tintoré/Diego Ro-K), que cerraba religiosamente con "How Deep is your Love" de los Bee Gees. En La Age, como tantos otros, tuvieron su primer flechazo Diego y Mariano, dos chicos del sur y del norte, respectivamente, del conurbano bonaerense. Tras su cierre iniciaron un largo recorrido por el circuito de clubes, desfiles, vernissages, recitales indie y raves. Por eso no es extraño que con esa escuela terminaran saltando del dancefloor a las bandejas, para debutar en 2000 como DJ en otro mojón emblemático de la diversidad como fue Morocco. Así nacieron los DJ Pareja, fuera del closet. Con semejante nombre, siempre fueron al frente. Desde sus comienzos se mantuvieron incansables a la hora de difundir sus tocadas, en aquellos años en que el reparto de flyers era clave. Entre el ingenio y la ironía, podían repartir desde una intrigante invitación al dark room de Amerika hasta tubitos de papel higiénico anunciando la apertura de su propio "Club Sorett". Con la Internet 2.0, en la que se mueven como pez en el agua, aquello quedó atrás. Con esas herramientas, y varias horas diarias frente al monitor, mantienen en movimiento su proyecto. Se multiplican a través del Fotolog, MySpace, Facebook y YouTube, desde donde lanzan sus videos. Imposible perderles pisada: son inquietos buceadores de nueva música para sacudir la modorra de las pistas del under porteño, además de animadores infaltables de fiestas como Brandon, Compass, Crème de la Crème, Topless, Aurora y Divas & Divos.

En los últimos años sumaron a la tarea de pinchar discos su faceta compositiva. *Versátil* (2004) fue su disco debut con micro-hits como "Welcome to the Chongo", "Pompeya" o "Perfecto Radar". Ahora acaban de editar *Marcha* desde su propio sello Multinacional, con temas que ya rankean en el boca a boca como "Spanish is Beautiful" (sobre lo hermoso que es cantar en nuestro idioma), "Gente copada" (de cómo se siente ser un bicho raro entre chetos) y la romántica "Nuestros trajes".

¿Cómo se conocieron?

Mariano: —Fue en el '93. En esa época me juntaba con los fans de Boy George y hacíamos un fanzine que se llamaba *The Poof.* Empezaba de a poco a salir. Había ido a Bunker y al Dorado. Con los chicos del fanzine pensamos que un buen lugar para poder venderlo era La Age y fuimos para eso. Entrábamos gratis porque éramos amigos de Lisa (actual organizadora de las Brandon), que manejaba la puerta. Ese mismo día lo conocí a él. Como él vivía en zona sur y yo en zona norte, teníamos que juntarnos en Capital. Lo bueno de un lugar como La Age es que reunía distintas tribus. También estaban buenos los domingos de Bunker, que era más under y la música era diferente.

Diego: —A La Age iba todo el mundo que quería vivir una experiencia distinta. Había desde gente del hardcore, gay y de todo. Ahora todo parece más encasillado.

¿Cuándo se empezaron a interesar en los DJ?

D.: —En realidad, el tema de saber quién era el DJ empezó en la época de las raves. Por ejemplo, de los DJ Union me gustaba Diego Ro-K porque era más tecno. Pero no teníamos tanto registro al principio. Era todo más inocente. Yo tenía mucho prurito con la escena dance, era más del rock alternativo. Me gustaba La Age por la mezcla de gente, pero no me convencían las raves y los pitos que se oían en la pista.

M.: —La primera vez que entendí el fenómeno de los DJ fue cuando vinieron Los Murk (Ralph Falcon y Oscar Gaetan, pioneros del house de Miami), también en el '93. Había mucha expectativa y fue "guau, ahí está el DJ". Fue una noche increíble; un escándalo, la música, y después nos fuimos metiendo más en el ambiente... De a poco las discotecas empezaban a proponer DJ y decir viene tal o cual...

D.: —Yo no pensaba en ser DJ. Quería hacer música y me compré una guitarra, que fue un desastre. Nunca me pude comprar un sampler porque era un época muy difícil y era carísimo.

¿Cómo se convirtieron en DJ Pareja?

D.: —Nosotros siempre tuvimos ganas de expresar algo por algún lado que ni nosotros sabíamos cómo hacerlo, y surgió esa oportunidad que fue un empujón. Apareció en medio de una etapa en la que no tenés resuelto un montón de cosas. Esos primeros años de relación fueron de felicidad por todo lo que nos pasaba. Pero también una época jodida porque era complicado no tener trabajo y tener que encontrarnos en terreno "neutral". Porque no era tan fácil al principio con la familia. Perdimos mucho tiempo viajando, encontrándonos en bares o caminando toda la ciudad. Los eventos eran una excusa para verse. Porque si no era juntarse en un bar cinco horas con un cafecito en el medio. Nos cambió mucho cuando vinimos a vivir acá a la Capital juntos. Pero antes no podíamos coger en nuestras casas. No era como una pareja hétero que dice: "Ok, te presento a la noviecita". O sea, fue toda una etapa. Hasta estabilizarnos y vivir juntos pasó un montón de tiempo. Cuando nos largamos ya sabíamos bien lo que pasaba en una discoteca y mucho de música. Igual, lo más increíble es que todo esto lo racionalizamos hace poco. Sinceramente. Porque lo de DJ Pareja apareció de la inconsciencia total. Es más: nosotros no pensamos nada. Fue atrevimiento. No teníamos un plan. Nunca pensamos: "Ahora vamos a ser DJ, vamos a ir a la Escuela Sónica y vamos a empezar a cobrar plata".

M.: —Fue todo un proceso. Empezamos a hacer amigos. Finalmente en 2000 salió la propuesta de invitarnos a tocar en el evento "Escuela de Vuelo" que organizó el colectivo Agencia de Viajes. Esa primera vez tocamos como DJ Doble y así salió en el flyer. Pero en el medio ya sabíamos que nos íbamos a llamar DJ Pareja. Lo habíamos pensado, pero no nos animábamos del todo. Fue Fernanda Laguna la que nos dijo: "Me encanta".

D.: —Y sí... es muy definitorio el nombre.

¿Cómo es hacer todo en pareja? ¿Se trasladan los problemas de la cama a la cabina?

M.: —No, nosotros separamos mucho nuestra relación de pareja con nuestra carrera de DJ o músicos. A la hora de tocar o hacer música, hacemos eso y punto. Es estar acá en casa, discutir qué vamos a poner y esas cosas, pero no difiere de otro grupo. En cuanto a la producción están más divididos los roles. El arranca con un ritmo y yo vengo con la idea de una letra y así... Charlamos la letra, los nombres de los temas... Confío en él.

D.: —Yo soy más obsesivo y me cuesta más. En cambio, él es más espontáneo, le sale una frase o una melodía al toque... Pero la verdad es que nunca hay diferencias grandes y tampoco nos peleamos heavy como pareja. Sólo alguna discusión por boludeces...

Y en tantos años juntos, ¿nunca soñaron con casarse o en la posibilidad de la unión civil?

FOTO: DANI UMPI

M.: —La cultura del casamiento viene desde un lugar con el que no estoy de acuerdo. Yo no quiero ser igual a los demás. Quiero ser diferente.

D.: —Si nos casáramos sería algo estrictamente legal.

M.: —Jamás iglesia, arroz y esas cosas.

D.: —Es un derecho que estaría bueno tener y, más que por el lado cultural, por la cuestión de los beneficios como pareja. Pero nunca lo pensé.

M.: —Yo sí. Más que nada por la herencia. Pienso en nuestras cosas que son de los dos y por eso sí lo haría.

D.: —No nos cierra esa idea de los gays siempre aspirando a la normalidad. Esa idea de que todos me respeten, que soy "normal" y esas cosas. Nos gusta la diferencia de ser gay y de alguna manera la idea de la familia no me convence. La institución de la familia, hmmm...

M.: —Igual, yo creo que somos una familia de alguna forma. Además de que ahora nos juntamos a comer un asado con nuestras familias y está todo bien...

Ustedes tocan en las Brandon, que son fiestas más abiertas. Pero, ¿qué pasa con la música en discotecas gays como Angel's? ¿Por qué nunca tocan en algún lugar así?

D.: —A nosotros nos gustaría tocar ahí, pero el público típico gay ni nos conoce. No nos tiene en cuenta.

M.: —A ese público no lo sacás de Chayanne y Ricky Martin. En cambio, nosotros vamos para otro lado. Ahora el gay se quiere incluir, ser parte de cierta normalidad escuchando eso. En otra época ese público bailaba con Dead or Alive.

¿Y creen que el ambiente de los DJ es muy machista?

M.: —Sí, pero no solamente por nosotros. No hay tantas chicas tampoco.

D.: —Nos pasaba mucho de ir a las disquerías y nos encontrábamos con muchos DJ. La reacción era medio extraña. Entonces pensábamos: "¿Estos saben que el house nació en un club lleno de negros y maricas?". Porque realmente era una postura hétero exacerbada, como de futbolistas. Y DJ gays hay, como Aldo Haydar o Trincado, pero nuestra diferencia es que te ponemos la idea de lo gay en la cara con el nombre, y cuando llegamos juntos a la disquería es raro... No digo que haya homofobia, pero no es muy relajada la escena en ese sentido.

¿Cómo fue tocar en la última Marcha del Orgullo? ¿Por qué creen que está bueno participar?

D.: —Tocar en el camión de **Soy** estuvo buenísimo, caótico y divertidísimo. Pasamos lo que a nuestro criterio son temas emblemáticos de la cultura gay como Amanda Lear ("Follow me"), Evelyn Thomas ("High Energy"), Rozalla ("Everybody's Free"), Valeria Vix ("Viciosa"), Boy George ("Generations of Love"), y otros. Pero también pusimos Nirvana. Algo que nunca había sonado en una marcha y fue un escándalo, a todos les encantó, uno de los highlights de la marcha.

MARCHA DJS PAREJA

M.: —Les preguntamos a los amigos qué temas no podían faltar o que querían escuchar y les cumplimos el deseo. A la marcha vamos desde la primera, aunque no compartimos ciento por ciento todo.

D.: —Yo no soy tan chispita como él. A veces no me divierte tanto estar atrás de un camión bailando. Pero siempre pienso que no puedo dejar de ir. Lo que me da bronca es que la mayoría de los gays no va. Siempre van las travestis, los más locos y los más freaks. El gay de camisita y zapatos leñadores no va. Para el gay correcto eso es cosa de payasos. Esa idea del gay adaptado que piensa que no hay que ir porque está todo ok. Tampoco somos remilitantes, pero sí creemos en la presencia. Para mi está bueno que seamos muchos y cada vez más. Que en Crónica se vean cada vez más cabezas. ●



Si te discriminan, LLAMANOS.

Celebremos la diversidad.
Los mismos derechos
para TODAS y TODOS.

0800-999-2345

www.inadi.gov.ar | denuncias@inadi.gov.ar

Moreno 750 - 1º P. - C 1091 AAP - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

